

LA CENSURA LITERARIA EN EL *INDEX* DE QUIROGA (1583-1584)

M^a Luisa Cerrón Puga
Università di Roma «La Sapienza»

Comparando el *Indice* firmado por el cardenal Quiroga en 1583 y 1584 con el *Index* tridentino de 1564 y con las listas posteriores que, emanadas por la Curia romana, fueron anticipando la complicadísima preparación del *Index* de Clemente VIII de 1596¹, se observa una interesantísima discordancia en lo tocante a la censura de la literatura profana debida a la doble significación de lo *profano*, que puede lindar tanto con lo obsceno, lo lascivo, como con lo irreverente hacia la iglesia católica y sus prelad². Y aunque lo concerniente a la segunda de las acepciones es unánimemente reprobado, la primera parece no despertar demasiados recelos en el catálogo de Quiroga donde, como consecuencia, la permisividad con la literatura de entretenimiento es notablemente mayor que la demostrada por las listas romanas. A la ilustración –escueta por necesidad– de tal diferencia están dedicadas las líneas que se siguen³.

¹ Los índices del siglo XVI son ahora de fácil consulta gracias a la tarea llevada a cabo por J. Martínez de Bujanda en los IX volúmenes del *Index des livres interdits*, Sherbrooke – Ginebra, Université de Sherbrooke – Librairie Droz, 1984-1994, en los que se reproducen y estudian los índices de París (vol. I), Lovaina (vol. II), Venecia (vol. III), Portugal (vol. IV), España (vols. V y VI), Amberes (vol VII) y Roma (vols. VIII y IX).

² La definición de Sebastián de Covarrubias da bien la medida de la ambigüedad al enlazar lo uno con lo otro: «Profano llamamos el poco religioso, que trata de las cosas del mundo viciosamente». *Tesoro de la lengua Castellana o Española* (1611), ed. M de Riquer, Barcelona, Alta Fulla, 1987², p. 883).

³ Su lectura ha de ser precedida por la del estudio de Peter E. Russell, «El Concilio de Trento y la literatura profana», en *Temas de «La Celestina» y otros estudios. Del «Cid» al «Quijote»*, Barcelona, Ariel, 1978, pp. 443-478, donde desmonta la supuesta influencia perniciosa que –según Toffanin y Américo

El *Index et Catalogus librorum prohibitorum* del Arzobispo de Toledo e Inquisidor General don Gaspar de Quiroga ve la luz en 1583; un año más tarde sale el *Index librorum expurgatorum*⁴. La división en dos partes del monumental *catálogo de síntesis*⁵ sigue el ejemplo del *Index* flamenco de Arias Montano donde, a su vez, se ponía en práctica la regla VIII del Catálogo tridentino de 1564⁶ permitiendo, por medio del índice expurgatorio, que ciertas obras prohibidas por contener nombres, palabras o sentencias sea sospechosas, sea mal interpretadas, volvieran a la luz del sol una vez corregidas de sus errores. Gracias a este expediente, tenemos una primera prueba de la *liberalidad* del sistema censorio español en lo tocante a la literatura vernácula, ya que se rescatan obras tan atrevidas como el *Lazarillo*, o tan escabrosas –y voluminosas– como el *Decamerón* de Boccaccio, incluidas en 1559 en el *Index* romano y en el de Valdés.

Teniendo en cuenta que el *Index* tridentino había aparecido en 1564, el de Quiroga –preparado por un vasto equipo de teólogos y de profesores entre los que no faltan los de la Universidad de Salamanca– es todo un monumento a la desconfianza hispánica hacia Roma. El *Index et Catalogus* de Quiroga va precedido por catorce reglas generales en las que se establecen los criterios restrictivos que han de contemplarse con escritos e impresos, y aunque el espíritu de las mismas remite a las diez *regulae* tridentinas de 1564, pues se siguen a veces al pie de la letra, aproximadamente la mitad de las reglas son fruto de una reelaboración que las adapta a las necesidades españolas, y van dictadas por los poderes y prerrogativas particulares del Estado y del Santo Oficio. De hecho el catálogo romano, que nunca entró en vigor en España sino temporal y localmente, a veces puede estar en franca contradicción con el español porque en éste, contra la *regula* décima tridentina, se pueden prohibir libros permitidos por Roma. Es un estado de cosas que sanciona las ruidosas discrepancias de los tiempos del Inquisidor Valdés⁷.

Castro– tuvo sobre la literatura de los países católicos el Concilio de Trento. Véase asimismo J. M. de Bujanda, «Literatura e Inquisición en España en el siglo XVI», en Pérez Villanueva (ed.), *La Inquisición española. Nueva visión, nuevos horizontes*, Madrid, 1980, pp. 579-592 y compárense ambos estudios con las conclusiones de Antonio Márquez en su *Literatura e Inquisición en España 1478/1834*, Madrid, Taurus, 1980.

⁴ *Index et Catalogus librorum prohibitorum, mandato Illustriss. ac Reverendiss. D. D. Gasparis a Quiroga Cardinalis Archiepiscopi Toletani, ac in regnis Hispaniarum Generalis Inquisitoris, denuò editus. Cum Consilio Supremi Senatus Sancta Generalis Inquisitionis*, Madriti, Apud Alphonsum Gomezius Regium Typographum, Anno M.D.LXXXIII. *Index librorum expurgatorum. Illustrissimi ac Reverendissimi D. D. Gasparis Quiroga, Cardinalis & Archiep. Toletani Hispan Generalis Inquisitoris, iussu editus. De Consilio Supremi Senatus S. Generalis Inquisit.* Matriti, Apud Alphonsum Gomezius Regium Typographum. Anno M.D.LXXXIII. Reproducidos y estudiados ambos en el vol. VI del *Index* de Bujanda (1993).

⁵ Así lo denomina Virgilio Pinto al estudiar pormenorizadamente su formación en *Inquisición y control ideológico en la España del siglo XVI*, Madrid, Taurus, 1983; del mismo estudioso véase también «Pensamiento, vida intelectual y censura en la España de los siglos XVI y XVII», *Edad de Oro*, VIII, 1989, pp. 181-192.

⁶ *Index librorum prohibitorum, cum Regulis confectis per Patres a Tridentina Synodo delectos, auctoritate Sanctiss. D.N. Pii IIII, Pont. Max. comprobatus*. Romae, Apud Paulum Manutium, Aldi F, M D LXIII, in aedibus populi romani; reproducido y estudiado en el vol. VIII del *Index* de Bujanda (1990).

⁷ Baste recordar los casos de fray Luis de Granada, del arzobispo Carranza, de Francisco de Borja, o la humillación a que debieron someterse los jesuitas consignando a la Inquisición los *Ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola en su versión vulgar –la usada por los novicios–. Vid. Henry Kamen *Inquisition and Society in Spain in the XVIth and XVIIth centuries*, Bloomington, Indiana University Press, 1985, pp. 82-83.

En lo que aquí nos ocupa, la diferencia más interesante entre ambos criterios radica en la supresión de la *regula* VII tridentina y en el desdoblamiento de lo que atañe a la *irreverencia* en las reglas X, XII y XIII de Quiroga. La *regula* VII del índice tridentino de 1564 prohibía expresamente lo *lascivo* y lo *obsceno contra la fe y contra las costumbres*, siempre que no se tratase de clásicos y que no se diera a los más jóvenes:

Libri, qui res lascivas, seu obscenas ex professo tractant, narrant, aut docent, cum non solo fidei, sed & morum, qui huiusmodi librorum lectione facile corrompi solent, ratio habenda sit, omnino prohibentur, & qui eos habuerint, severe ab Episcopis puniatur. Antiqui vero, ab Ethnicis conscripti, propter sermonis elegantiam, & proprietatem permittuntur, nulla tamen ratione pueris praelegendi exunt. (p. 18).

Con este criterio, después de largos debates, se acabaría midiendo por el mismo rasero lo herético y lo lascivo, pues se identificaba la peligrosidad de los libros que *repugnen a las buenas costumbres* con los que *induzcan a la impiedad* –por decirlo con palabras del cardenal Borromeo⁸– y ciertos libros de entretenimiento caerían víctimas de la censura como bien puede observarse en las listas locales que, emanadas por la curia romana durante el complejo proceso de renovación del *Index* tridentino, sirvieron para la preparación de los índices de 1590, 1593 y 1596⁹. En estas listas (no hay ahora ocasión de extenderse sobre el particular), se censura lo más granado de la literatura italiana contemporánea: *novelle, facezie, lettere, dialoghi, trattati, rime, stanze, capitoli, madrigali, poemi in ottava rima, commedie* y hasta libros de música; los autores son tantos y tan conocidos, que se acabaría antes enumerando las ausencias que no las presencias: Petrarca, Boccaccio, Bembo, Castiglione, Ariosto, Bandello, Berni, Maquiavelo, Guicciardini y un larguísimo *etc.*

La ausencia de la *regula* VII tridentina del *Index* de Quiroga indudablemente juega a favor de la difusión de la literatura *vulgar* en España. Dicha ausencia ha sido convenientemente notada por Russell, e interpretada por Martínez de Bujanda como una voluntaria inhibición en materias que atañan a la moral sexual¹⁰. Si ampliamos sin embargo esta consideración, anclada en el sexto mandamiento, al ámbito menos restrictivo de lo privado, de las *mores*, notaremos que si bien su cura va indisolublemente unida a la de la *fides* en Roma, según las reglas españolas las primeras no son estrictamente controladas porque lo que se ataca como *profano* no es lo humanamente *obsceno* o *lascivo*, sino la *irreverencia*, lo que toca la esfera sea de lo sagrado, sea de la autoridad. Así se especifica en las reglas X y XII del catálogo de Quiroga:

Item se prohíben todos los pasquines, o libelos infamatorios y famosos, debaxo de qualquier título, y nombre salgan, o se escrivan, e intitulen: en los quales con autoridades, y palabras de la Sagrada Scriptura, se dizen, y tratan cosas, y materias prophanas. Y

⁸ Vid Bujanda, *Index* IX, p. 33.

⁹ Tanto los catálogos como las listas están reproducidas en el vol. IX del *Index* de Bujanda, con estudios introductivos de Paul F. Grendler y Ugo Rozzo.

¹⁰ *Index* VI, p. 108.

lo mesmo se entienda de todas las canciones, coplas, sonetos, prosas, versos, y rimas, en qualquier lengua compuestos, que traten cosas de la sagrada Scriptura, interpretándola, contra su devida reverencia, y respecto, prophanamente, y à otros propósitos, contra lo que común y ordinariamente la sancta madre yglesia Romana admite, y usa. (Regla X, ff. 4v-5r)

Assí mesmo se prohiben todas y qualesquier imágenes, retractos, figuras, monedas, empresas, invenciones, máxcaras, representaciones, y medallas, en qualquier materia que estén estampadas, pintadas, debuxadas, labradas, texidas, figuradas, o hechas que sean en irrisión de los sanctos, y en desacato, e irreverencia suya, y de sus imágenes, y reliquias, o milagros, hábito, profesión o vida. Y assí mesmo las que fueren en desacato de la sancta Sede Apostólica, de los Romanos Pontífices, Cardenales, y Obispos, y de su estado, orden, dignidad, y autoridad, claves y poderío spiritual. (Regla XII, f. 5r-v)

El concepto se hace aún más claro en la regla XIII, donde las *mores* quedan inscritas en un contexto ritual sacro:

Pero generalmente se prohibe todo, y qualquier género de escripturas, que de aquí adelante se compusieren, y divulgaren, que contengan algún error contra nuestra sancta Fe Cahólica, o que enseñen en las costumbres, ceremonias, y usos de los sacramentos alguna novedad diferente de lo que la sancta yglesia romana aprueba y usa. (Regla XIII, ff. 5v-6r)

En esta asimilación de las *costumbres* a *ceremonias* y *sacramentos* radica la diferencia mayor con Roma, pues lo que persigue Quiroga es, lisa y llanamente, la preservación de la fe, tal y como enuncia en sus palabras preliminares:

Y considerando, que la más perjudicial cautela, que los Hereges tienen, para inficionar con su veneno las almas, a quien no pueden enseñar con viva voz, ha sido, y es, escribir y publicar libros, y tratados de varias invenciones, y materias: poniendo en ellos los errores de su dañada secta y doctrina, llevándolos a diversos Reynos y Provincias: y unas veces con palabras claras, otras, solapando, y encubriendo su mala intención, procuran destruir la sinceridad de la Fe, que el Espfritu Santo ha enseñado, e infundido en los coraçones de los fieles Christianos. (f. 2v)

Todo buen censor sabía que la lectura era una actividad peligrosa, y que lo era tanto más para los indoctos (las mujeres y otros *idiotas* de que hablan los predicadores dominicos en sus pareceres enviados a Quiroga durante la confección del catálogo)¹¹, y sin

¹¹ «Porque se da ocasión que se impriman en romance todos los que sermones ay y anden en manos de gente ydiota y de mugeres y no tenga en tanto ni se estime la predicación del evangelio porque cada qual de los ydiotas se llevará su sermonario como esté junto a los evangelios a la yglesia, o le leerá en su casa y dirá que sobre lo que el predicador puede dezir y que no es menester yr al sermón». Parecer de Valladares y Lezcano, A.H.N. *Inq.* leg. 4435/5 fol. 2r. Para la correcta interpretación del paso es imprescindible la definición de Covarrubias: «Los latinos llaman idiota al que no ha estudiado ni sabe más que sólo su lenguaje ordinario, común y vulgar, necesario para tratar sus cosas, sin meterse en lo que toca a ciencias ni disciplinas, ni en deprender otra lengua más que la suya. El español llama idiota al que teniendo obligación de saber, o latín o facultad, es falto e inorante en ella, o al incapaz que intenta el arte o ciencia que no ha estudiado.»

embargo, en materia de obras de entretenimiento, que presumiblemente podían leer u oír multitud de ignorantes, la censura española abre la mano o hace oídos sordos. Quiroga tiende a repetir las prohibiciones del catálogo de Valdés de 1559¹², poniéndose apenas al día sobre textos romances en español, aunque no sucede lo mismo con los escritos en francés e italiano, que aumentan considerablemente pero sin llegar a alcanzar, en ningún caso, el número de obras –sobre todo italianas– condenadas en Roma.

En el tratamiento de la prosa contemporánea, el *Index* de Quiroga da muy bien la medida de la diferencia de criterios existente entre España y Roma: de las *novelle*, censuradas prácticamente en su conjunto en Roma, sólo *Il Novellino* de Masuccio Salernitano e *Il Pecorone* de Giovanni Fiorentino son condenadas siguiendo el criterio tridentino¹³, mientras el *Decamerón* se permite como no se permitía en Roma, es decir en su versión expurgada de 1572¹⁴. La *Diana* de Montemayor, condenada por platonizante en Roma y Portugal, no encuentra obstáculo alguno en España. El *Lazarillo* se permite expurgado también, y así circula libremente¹⁵, mientras en Roma no lo hacían textos que, según Francisco Rico, están estrechamente relacionados con la obra española como lo son los de Doni, Calmo, Lando y las *lettere volgari* o *carte messaggieri*¹⁶.

En cuanto a *La Celestina*, se repite el criterio de Valdés que prohíbe tan sólo su resurrección por obra de Feliciano de Silva¹⁷ y ello no obstante los de todos conocidos

¹² *Catalogus librorum, qui prohibentur mandato Illustrissimi & Reverend. D. D. Ferdinandi de Valdes Hispanen. Archiepis. Inquisitoris Generalis Hispaniae, Hoc anno M.D.LIX editus*, Sebastianus Martinez Excudebat, Pinciae; reproducido y estudiado en el vol. V del *Index* de Bujanda (1984).

¹³ *Il Novellino*, (Bujanda, *Index* VI, 1247, 1974 y 1980); *Il Pecorone*, (*Ibidem*: 1985). La prohibición de Masuccio Salernitano se copia del *Index* tridentino de 1564 (*Index* VIII: 745). Ambos figuran en las listas romanas y en los catálogos de 1590-93 y 1596 respectivamente.

¹⁴ Las *Novelas* de Juan Boccaccio entraron en el *Index* de Valdés en español y portugués (*Index* V: 540 y 696), y figuran en las secciones de libros en latín, en español, en portugués y en italiano del de Quiroga (*Index* VI: 247, 919, 1834, 1918, 1930); pero se permite su versión expurgada pues se prohíben todas las ediciones: «No siendo de las corregidas e impressas del año Domini 1572 a esta parte» (*Ibidem*: 1979 y 247). En Roma por los años 1576 ó 1577 aún escribía Paolo Constabili al inquisidor de Asti Domenico Carati: «Il *Decamerone* del Boccaccio stampato dalli Giunti ultimamente in Fiorenza con licenza del R.P. mio predecessore et privilegio di Pio V Sa. me. resta prohibito come prima, né si comporta ad alcuno.» (Apud Ugo Rozzo, *Index* IX, p. 30). En el *Index* de 1590-93 figura todavía «fin che di nuovo non sarà corretto» (0289).

¹⁵ «*Lazarillo de Tormes*, primera y segunda parte, no siendo de los corregidos e impressos del año de 1573 à esta parte.» (*Ibidem*, 1813). Cfr. Bujanda *Index* VI: 1813, y Bujanda *Index* V: 524. Se prohíbe también en el de Portugal de 1581 Vid. Gustavo Alfaro, «Los Lazarillos y la Inquisición», *Hispanofilia*, 25, 78, 1983, pp. 11-19. El *Lazarillo* figura como susceptible de expurgación en el índice romano de 1590, (Bujanda, *Index* IX: 0122).

¹⁶ Cfr. el prólogo de Francisco Rico a su edición del *Lazarillo* (Madrid, Cátedra, 1897, pp. 69, 75 y 124). No debe olvidarse, además, que también *Il novellino* guarda una estrecha relación, según Morel-Fatio, con el *Lazarillo* (Apud Rico, p. 119).

¹⁷ Se trata de la *Segunda comedia de Celestina*, de Feliciano de Silva, Medina del Campo, Pedro Továs, 1534, y Venecia, Stefano Nicolini da Sabbio, 1536. La condena de Quiroga se refiere, según Bujanda, a la 2ª edición. (*Index* V: 574; y VI: 1873). Figura también en Roma 1590-93: 0426. Según Russell (*art. cit.*, p. 456) la condena se debe a la resurrección de la vieja y al papel del «señor Arcediano».

pasos que podrían pecar tanto de lascivos como de irreverentes y que más de una delación provocaron¹⁸; con *La Celestina* sucede como con el *Decamerón*, que se salvan por sus méritos literarios¹⁹, motivo que no parece suficiente, no obstante, en Roma, en cuyo índice de 1590 se prohíbe²⁰.

En la censura del teatro radica la segunda gran diferencia con los índices romanos. Allí, a juzgar por el exiguo número de censuras de *commedie*, no parecía ser un gran problema, mientras, en España, Quiroga sigue la línea de su predecesor, que lo había juzgado muy severamente. Y de hecho, el catálogo de Quiroga carga la mano sobre el teatro firmando la condena de literatura de entretenimiento más dura en su conjunto: queda prohibido Gil Vicente²¹, y lo siguen la *Egloga de Plácida* y *Vitoriano* de Juan del Enzina, las comedias *Tesorina* de Jaime de Huete y la *Tidea* de Francisco de las Natas, así como la perdida *Orfea* y la *Santa* de Mario Cardoini, la farsa *Josefina* de Miguel de Carvajal, y la anónima *Custodia*²². Las causas de su reprobación no parecen depender de la *indecencia*, sino que se encierran en una fórmula general que, aludiendo a la ya citada regla XII contra la irreverencia, prohíbe las

comedias, tragedias, farsas o autos, donde se reprehende y dize mal de las personas que frequentan los sacramentos o templos, o se haze injuria a alguna orden estando aprobado por la yglesia²³.

La prueba concluyente de lo dicho la constituye el hecho de que el catálogo de Quiroga salve del infierno de los reprobados, expurgándolo, el poco edificante teatro

¹⁸ Cfr. la hecha por el licenciado Gaspar de Zaragoza del pasaje de *La Celestina*, I: «¿quién vido en esta vida cuerpo glorificado de ningún hombre como agora el mío? por cierto, los gloriosos santos que se deleitan en la visión divina no gozan más que yo agora en el acatamiento tuyo». A.H.N., Inq.. 4444/50; y la delación de la *Celestina* fol. 9, ed. Sevilla, A. de la Barrera, 1599: «Por hermosa te tenía hasta que viendo lo que todos podían ver [...] O quién fuera hombre [...] debajo de seis dobleces de paño y lienço», hecha por el dr. Juan Angel de Andrada, corregidor de Cabra, A.H.N., Inq. 4468/2.

¹⁹ Según el parecer del padre Mariana, *La Celestina* debería figurar con los libros prohibidos de manera expresa en latín y romance (Ms. Egerton 1875 del British Museum, ff. 342-345); según el P. Zurita, sin embargo, a causa de su gran mérito literario, debe encontrarse entre las permitidas. (Apud Russell, *art. cit.*, p. 460 y Márquez, *op. cit.*, p. 134).

²⁰ Cfr. Bujanda *Index IX*: 047 y 0299. Figura también en el *Index* portugués de 1581. Lo curioso de *La Celestina* es la gran cantidad de censuras que colecciona posteriormente, hasta bien entrado el siglo XIX, como puede verse en los legajos del A.H.N.

²¹ Siete autos en portugués, tres perdidos y cuatro en la *Copilasão*, Lisboa, João Alvares, 1562 y el *Auto de Amadís* y *Oriana* en castellano (*Index VI*: 1907-1913 y 1720).

²² Enzina (*Index VI*: 1768); puede referirse también a la misma égloga la prohibición de la desconocida *Farsa de dos enamorados* (*Index VI*, 1779). Jaime de Huete, *Comedia llamada Tesorina*, h. 1525 (*Index VI*: 1743 y 1890). Francisco de las Natas, *Comedia llamada Tidea*, 1550 (*Index VI*: 1744 y 1893). *Comedia o acaecimiento llamada Orfea*. ¿1534? (*Index VI*: 1741 y 1854). *Comedia la Santa*, de Mario Cardoini, Venecia, 1566. (*Index VI*, 1742). Miguel de Carvajal, *Farsa llamada Josefina*, Sevilla, Estacio Carpintero, 1545 (*Index VI*: 1781 y 1740). *Farsa llamada Custodia*, Astorga, Agustín de Paz, 1547 (*Index VI*: 1780 y 1758). Todas están prohibidas por Valdés, y las *Orfea* y la *Santa*, además, por el catálogo portugués de 1581.

²³ *Index VI*: 1745.

de Torres Naharro²⁴, cosa que es muestra inequívoca de su mayor liberalidad en la materia.

Lo que Quiroga considera sumamente peligroso son los escritos, indistintamente en latín o en romance, de materias doctrinales, espirituales o políticas, y el número de prohibiciones a este respecto es no sólo comparable, sino incluso superior a las hechas por Roma. Como reflejo de tal intransigencia, no se salvan de la condena textos donde la fabulación está teñida de religiosidad, o bien donde sea patente una intencionalidad política o ideológica disidente; en este punto lo mismo vale el pasado de la *Monarchía* de Dante, que el presente de los diálogos de los Valdés y los discursos de Maquiavelo.

En cuanto a Luciano y Ovidio, caballo de batalla de las polémicas romanas sobre lo decoroso y lo indecoroso, Quiroga recoge la prohibición hecha por Trento de dos diálogos atribuidos a Luciano, la *Mors Peregrini* y el *Philopatris*, tachando al de Samosata de blasfemo y ateo; sin embargo no recoge, como sí lo harán los índices de Roma y la lista de Parma, el conjunto de los *Dialoghi dilettevoli*²⁵. En el caso de Ovidio, coincide con todos en condenar las *Metamorfosis* interpretadas por Pierre de la Bersuire en su *Ovidio moralizado*; pero incluye, además, el *Ars amandi* «en romance o en otra lengua vulgar solamente», es decir, con un tratamiento reservado a las biblias o a los textos patrísticos, peligrosos sólo si circulan en lengua vulgar²⁶. Lo dañino no es, por tanto, el contenido, cuanto la poca formación —se supone que moral— de los lectores.

La distancia que media entre los criterios español y romano está muy bien advertida por un jesuita sevillano, el padre Álvarez, en un memorial escrito durante el proceso de preparación del *Index* de 1612. Plagado de distingos y de cautelas sobre la delicadísima tarea del expurgador —que ha de tener la habilidad, entre otras cosas, de hacer parecer que ningún hereje es listo— propone mejorar las reglas de Quiroga aplicando en España las reglas censorias romanas presentes en el *Index* de Clemente VIII de 1593 y distinguir

entre los libros, que se prohíben por doctrina falsa, o sospechosa, i entre los que se prohíben por nocivos a las buenas costumbres, o por irreverencia. Poniendo excomunión en los 1^{os} i mandato en virtud de santa obediencia en los 2^{os}

En virtud de la santa obediencia, afina Álvarez, se podrían prohibir algunos

²⁴ Torres Naharro, prohibido por Valdés en 1559 y por el *Index* de Portugal 1581, se permite, expurgado, en el de Quiroga de 1584 siempre que se trate de obras «emendadas, corregidas e impressas del año 1573 a esta parte»: *Comedia Aquilana* (*Index* VI: 1713 y 1738); *Propaladia* (*Ibidem*: 1722 y 1866). Expurgadas por Juan López de Velasco, se publican en Madrid, en casa de Pierres Cosin, 1573. Sin mención expurgatoria figura también la *Comedia llamada Iacinta*, Burgos, Juan de Junta, 1535-1540 (*Ibidem*: 1739 y 1798).

²⁵ Roma 1559 y 1564 (*Index* VIII: 650; 1557:00130). Parma (*Index* IX: 161 y 163); Roma 1590-93 (*Index* IX: 0128 y 1320 (E)). El *Philopatris* es, en realidad, un texto del siglo X.

²⁶ «In Ovidii *Metamorphoseos* libros commentaria sive enarrationes allegoricae vel tropologicae», publicado en Brujas en 1484. (*Index* VI: 1389 y 2234). *Ars amandi*, (*Index* VI: 1714 y 1855); la prohibición se hace además en la lista de libros romances y en la de *tudescos* y flamencos (*Ibidem*: 2153). Figuraba también en los índices de Amberes 1570 (*Index* VII: 515), y en el portugués de 1581 (*Index* IV: 101).

libros lascivos que se supieren, como *Celestina*, *Diana*, Ovidio *De arte amandi* en lengua vulgar [ya] que tampoco es materia de heregía otras cosas, que se vedan por ser contra la reverencia debida a la sagrada escritura o a los Santos.²⁷

Con este criterio de obediencia al Vaticano propuesto por el jesuita se evitaría la circulación de aquellos libros lascivos que no sólo eran indiferentes a Quiroga, sino que debían de satisfacerle al menos tanto cuanto a sus censores, que con tanta celeridad expurgaban obras voluminosas como el *Decamerón*, cuando el oficio imponía largos esfuerzos, dilaciones, dudas y temores como se ve por las quejas constantes presentes en los papeles de Inquisición del Archivo Histórico Nacional. Dicho criterio encuentra eco en el parecer que sobre los libros del Escorial firmaba don Antonio Gracián quien, pensando quizás dónde esconder los numerosos libros prohibidos, proponía seguir el modelo de la Vaticana y separar netamente la biblioteca pública de la secreta; para Gracián, la tarea de los censores se desperdiciaba malamente si era dedicada a obras mundanas:

De la biblioteca de Conrado Gerson si tornase a resucitar como me parece y conven-dría si por el Sto Officio se mandassen castrar de sus locuras como se han emendado libros de poco provecho como la *Propalladia* y *Lazarillo* y Castillejo. Desta biblioteca digo se podría sacar traza para concertar las facultades y hazer listas de los nombres propios, de autores²⁸.

Testimonios así abrían la vía hacia criterios menos liberales que el de Quiroga, que culminarían en la aceptación de la *regula* VII tridentina por parte del *Index* de Sandoval y Rojas en 1612²⁹; un endurecimiento en el que los jesuitas, con su concepto de literatura ejemplar y moralizante, al menos para los que no eran de la Casa, tienen una responsabilidad bien precisa, como señala Russell en su estudio, si bien puntualizando que las nuevas restricciones de los índices del siglo XVII no pasaron de suprimir ciertos pasajes, sin entrar a fondo en prohibiciones de conjunto³⁰. En la batalla por guiar las milicias de Cristo, el abrazar los criterios romanos sin duda les beneficiaba, habiéndose convertido en los máximos responsables de la educación de los jóvenes.

El maestro Asensio, en un memorable artículo, se preguntaba: «¿pueden reducirse a sistema las motivaciones ideológicas, sentimentales, éticas y políticas que suscitan la condenación de una obra?» A la pregunta acompañaba una constatación, fruto de su largo trato con los libros incluidos en los varios índices europeos:

²⁷ A.H.N. Inq. 4435/5, ff. 1r-v.

²⁸ Biblioteca del Escorial, Ms. & II 15, ff. 275r-276r.

²⁹ Quedan prohibidos «los libros, que tratan, cuentan, i enseñan cosas lascivas de amores, o otras qualesquiera, mezclando en ellas heregías, o errores en la fe, ora sea exagerando i encareciendo los amores, ora de otra manera». *Index librorum prohibitorum et expurgandorum* ILL^{mi} ac R^{mi} D. Bernardi de Sandoval, Matriti Apud Ludovicum Sanchez Typographum Regium, MDCXII, p. 4. (ej B.N.M. 2/48297).

³⁰ Siguiendo un modo de censurar que Russell tilda de *literal*: «Con aquel literalismo que fue siempre característica de la Inquisición, pone reparos en lo que dice un escritor textualmente sin preocuparse nada por la trascendencia general de una obra que no contenga palabras o frases censurables» (*Op. cit.*, p. 467).

La censura se basó en la tajante división del público lector en dos clases: los indoc-tos ignorantes del latín, y los que leían latín, lengua común de la alta cultura en la Europa occidental³¹.

Dan la razón a don Eugenio por un lado las prohibiciones de Biblias, clásicos y de textos doctrinales en lengua vernácula, no en latín; y por otro las numerosas excepciones que se contemplaban a la hora de permitir la posesión de libros prohibidos³². Y se la da sobre todo el cardenal Quiroga cuando en el prefacio de su *Index expurgatorium* de 1584 señala la prevención contra ciertos libros

o por no convenir que anden en lengua vulgar, o por contener cosas que aunque los tales autores píos y doctos las dixeran senzillamente, y en el sano y cathólico sentido que reciben, la malicia de estos tiempos las haze ocasionadas para que los enemigos de la Fe, las puedan torcer al propósito de su dañada intención.

En este sentido, el *Index* de Quiroga es un catálogo que previene la fe católica contra cualquier desviación doctrinal, pero que todavía no tiene en cuenta los peligros de la lectura de la literatura profana para el vulgo, asunto que preocupaba mucho más a los inquisidores romanos y a los jesuitas. Válvula de escape calculadamente permitida, o miopía de teólogo alejado de la realidad, para Quiroga la literatura era, sin duda, los clásicos, y estos podían leerse a voluntad en latín, la lengua de los cultos. De las cerca de dos mil condenas de su *Index*, la mayoría recaen sobre libros de carácter teológico, doctrinal, religioso, mientras de la naciente literatura de entretenimiento, tan perseguida por los censores romanos de la *Sacra Congregazione dell'Indice*, acaba por mandar al olvido bastantes menos ejemplos que los que, comparativamente, habrían disgustado a los erasmistas o de los que hará quemar Cervantes, por mano del cura, del barbero y de la sobrina. Pero los erasmistas no se las tenían que ver con un proyecto de control ideológico estatal, y Cervantes criticaba una literatura que consideraba digna de tal apelativo, es decir, la vernácula; don Gaspar de Quiroga se ocupaba de otras cosas.

³¹ Eugenio Asensio, «Censura inquisitorial de libros en los siglos XVI y XVII. Fluctuaciones. Decadencia», en M. L. López Vidriero y P. M. Cátedra (eds.), *El libro antiguo español*, Salamanca, Ediciones de la Universidad de Salamanca - Biblioteca Nacional de Madrid - Sociedad Española de Historia del Libro, 1988, p. 22.

³² A este respecto puedo añadir a los casos aducidos por Asensio el de la lista de libros mandados comprar por Arias Montano en 1583 para la biblioteca del Escorial, en la que el criterio inquisitorial no se tiene absolutamente en cuenta ya que figuran obras prohibidas de Erasmo, Raimundo de Sabunde, Marco Antonio Flaminio, Luis Carrión etc. *Catálogo de los libros que dexó el Doctor Arias Montano por el mes de março de 1583 para que se compren para las dos librerías de sant Lorenzo el real*. (Escorial Ms. &.II.7, nº 91, ff. 477a-483a).